



SEXTO SANTUARIO

UNA COMUNIDAD QUE VIVE LA CARIDAD

De una carta de san Pablo Apóstol a los Filipenses (4,1-9)

Por eso, hermanos míos muy queridos, a quienes tanto deseo ver, ustedes que son mi alegría y mi corona, amados míos, perseveren firmemente en el Señor. Exhorto a Evodia y a Síntique que se pongan de acuerdo en el Señor. Y a ti, mi fiel compañero, te pido que las ayudes, porque ellas lucharon conmigo en la predicación del Evangelio, junto con Clemente y mis demás colaboradores, cuyos nombres están escritos en el Libro de la Vida.

Alégrense siempre en el Señor. Vuelvo a insistir, alégrense. Que la bondad de ustedes sea conocida por todos los hombres. El Señor está cerca. No se angustien por nada, y en cualquier circunstancia, recurran a la oración y a la súplica, acompañadas de acción de gracias, para presentar sus peticiones a Dios. Entonces la paz de Dios, que supera todo lo que podemos pensar, tomará bajo su cuidado los corazones y los pensamientos de ustedes en Cristo Jesús.

En fin, mis hermanos, todo lo que es verdadero y noble, todo lo que es justo y puro, todo lo que es amable y digno de honra, todo lo que haya de virtuoso y merecedor de alabanza, debe ser el objeto de sus pensamientos. Pongan en práctica lo que han aprendido y recibido, lo que han oído y visto en mí, y el Dios de la paz estará con ustedes!

Estamos en la parte conclusiva de esta carta de Pablo; el apóstol había exhortado a los creyentes de Filipos a tener los mismos sentimientos que tuvo Jesucristo, teniendo presente el don que hizo de sí mismo: aunque era Dios eligió hacerse uno de nosotros. Ahora Pablo parece resumir su mensaje con una invitación: crear un espacio en el que pueda habitar Cristo: «... permaneced firmes en el Señor como habéis aprendido».

La invitación de Pablo no es la exhortación genérica de un padre que se despide de sus hijos; Evodia y Síntique son dos mujeres de la comunidad que han trabajado junto a él para la difusión del Evangelio, pero tienen dificultades para colaborar. La invitación a «llevarse bien» no es la búsqueda de un compromiso y una exhortación a soportarse mutuamente, sino que es producto de ese «permanecer firmes en el Señor». Solo el vínculo con Jesús puede llevar a esa comunión de intenciones que prevé la comprensión, la aceptación y el perdón.

Las primeras comunidades no esconden hipócritamente sus tensiones, sino que tratan de resolverlas en ese espíritu de fe que cambia por dentro y produce una alegría diferente: «Alegraos en el Señor, siempre; os lo repito otra vez, alegraos». No es necesario, pues, presentar la imagen de una Iglesia perfecta, sino de una comunidad que hace de la alegría interior, por la concordia reencontrada, el motivo de su misión: «Que vuestra afabilidad sea conocida por todos los hombres. El Señor está cerca!».

En una sociedad que hacía de la supremacía económica, física o política sobre los demás un motivo de honor, san Pablo propone como centro de su orgullo y de su alegría un vínculo profundo con Cristo. Un vínculo que nos puede separar de la tierra, no angustiarnos - siguiendo el camino del discurso de la montaña - y abrirnos a pensamientos más elevados: «... todo lo que es verdadero, noble, justo, puro, adorable, honrado, lo que es virtud y merece alabanza, todo esto sea objeto de vuestros pensamientos».



ESPIRITUALIDAD

De una carta de Padre Pío a Raffaelina Cerase (Epist. II, p. 235)

Por consiguiente, hermana mía, tengamos en gran consideración esta virtud, si queremos encontrar misericordia junto al Padre celestial. Amemos la caridad y practiquémosla; es la virtud que nos constituye hijos de un mismo Padre que está en los cielos; amemos y practiquemos la caridad, siendo ella el precepto del divino Maestro: en eso nos distinguiremos de la gente, si amamos y practicamos la caridad; amemos la caridad y huyamos hasta de la sombra, que de algún modo podría ofuscarla; sí, amemos finalmente la caridad y tengamos siempre presente la gran enseñanza del apóstol: “pues somos miembros de su Cuerpo” y que solamente Jesús es la “Cabeza de todos nosotros, sus miembros”. Mostrémonos amables recíprocamente y recordemos que todos hemos sido llamados a formar un solo cuerpo, y que si conservamos la caridad, la preciosa paz de Jesús triunfará siempre exultante en nuestros corazones.

San Pablo y San Pío proponen la misma visión eclesial de la caridad: es la virtud que nos constituye cuerpo de Cristo, sus miembros, expresión y continuación de su amor generoso. Este "sentirse uno" ha sido desde el principio el elemento que ha caracterizado el testimonio cristiano: « Y la multitud de los que habían creído era de un corazón y un alma; y ninguno decía ser suyo propio nada de lo que poseía, sino que tenían todas las cosas en común.» (At 4, 32).

La palabra del Evangelio es un anuncio de esperanza, que puede permanecer vacío si se limita a las declaraciones doctrinales o a alguna bella homilía. Es necesario que la esperanza cristiana, en ese mundo mejor anunciado por las Escrituras, encuentre un apoyo válido en el testimonio de una comunidad cristiana que testimonie con los hechos la posibilidad de la Palabra de Jesús de cambiar nuestro corazón.

La Palabra cambia las relaciones entre los creyentes

La esperanza de ser un solo cuerpo para testimoniar el Evangelio, no puede quedar en una declaración de principios o un vano ideal. A las palabras, a menudo ardientes, de Pablo, podemos unir lo que escribe san Clemente I en la «Carta a los Corintios» y que parece todavía de gran actualidad: «¿Por qué peleas, cólera, discordias, cismas y guerras entre vosotros? ¿Acaso no tenemos un solo Dios, un solo Cristo, un único Espíritu de gracia derramado sobre nosotros, una única vocación en Cristo? Por qué desgarrar y desgarrar los miembros de Cristo, por qué rebelarse contra el propio cuerpo y llegar a tal punto de delirio que se olviden de ser los unos miembros de los otros?».

La humanidad presente en nuestras comunidades no debe sorprendernos, pero es necesario que nos responsabilice, como Grupos de Oración del Padre Pío, para ser portadores de la caridad. Padre Pío ha dicho a las hijas espirituales: «amemos y practiquemos la caridad, siendo éste el precepto del divino Maestro: en esto nosotros nos distinguiremos de las gentes, si amaremos y practicaremos la caridad». Nuestra presencia en la Iglesia debe caracterizarnos como portadores de esa caridad que tiene sus orígenes en una Palabra de Dios compartida. Con demasiada frecuencia, en nuestro lenguaje de sacristía usamos términos como: «hermano, hermana, muy querido, etc.», pero a menudo son palabras superficiales. En cada una de esas expresiones hay por lo menos una esperanza, un deseo de comunión y fraternidad; nosotros, como Grupos de Oración, podemos ser los profetas de estas palabras que se hacen carne, que llegan a ser verdaderas y fruto de elecciones concretas.



Escribe el Padre Pío: « ¡Oh, qué sublime es la bella virtud de la caridad que nos ha traído el Niño Dios! Todos deben llevarla en el corazón, y sobre todo quienes hacen profesión de santidad. A esta santidad el Señor, sin mérito alguno de tu parte, te ha llamado; y, si es cierto que te veo bien encaminada en la caridad, no por eso dejo de invitarte continuamente a que sigas avanzando cada día más en ella. »

La Palabra que abre las puertas

Somos personas empeñadas en la caridad, nos dice Padre Pío, creando así una especie de círculo: esa caridad que brota de Jesús, se convierte también en el objetivo hacia el cual nos dirigimos. Si aprendemos a progresar constantemente en esta virtud, podremos convertirnos nosotros mismos en instrumentos de conversión, involucrando también a las personas que encuentran dificultades para caminar en la fe, en nuestro camino de caridad. Las diversas experiencias de solidaridad que nuestros Grupos viven en Italia y en el extranjero, son el testimonio más hermoso de una caridad que abre las puertas a la fe.

Muchos conocemos la historia de los cónyuges Carlo y Clara Terzaghi, que llegaron a San Giovanni Rotondo para conocer al Padre Pío. Carlo, ingeniero muy dotado había venido al país del Gargano, como sucedía a menudo, más que nada para hacer feliz a la esposa. Padre Pellegrino nos ha transmitido la crónica de su primer encuentro con el Padre Pío: «Padre Pío, yo no creo», fue su tarjeta de presentación. «Tú obrarás bien y verás que la fe te vendrá. Ve, hijo mío, y que Dios te bendiga». Padre Pío no señala el dedo, propone un itinerario basado en la caridad. Carlo, que ni siquiera había hecho la Primera Comunión, aunque se había casado por iglesia, comienza un camino difícil que lo lleva poco a poco a ser uno de los más fervientes hijos espirituales del Padre. A su vez, con una caridad vivida, los cónyuges Terzaghi fueron el instrumento para que muchas personas se acercaran a Dios.

Permítanme decir que a veces nuestras parroquias parecen grandes condominios, donde cada uno corre por su cuenta, cada grupo eclesial o ministerio parroquial sabe lo que tiene que hacer, pero está cerrado; los demás, sucede ocasionalmente, que quien no cree como nosotros, encuentra desinterés, y a menudo incluso las puertas cerradas. Estamos llamados a incluir, a dar espacio sobre todo a quien viene ante nosotros por primera vez, a acercar a quien encuentra dificultades en el creer pidiendo ayuda. Los santos han hecho cosas admirables al involucrar a aquellos que llamamos pecadores, para ser ayudados a vivir la caridad.

La Palabra que mira al futuro

Escribe el Padre Pío: «Bendigo de corazón a Dios, que aquí me ha hecho conocer almas verdaderamente buenas, y también les he anunciado que sus almas son la viña de Dios, la cisterna es la fe, la torre es la esperanza, el tormento es la santa caridad, el seto es la ley de Dios que las separa de los hijos del siglo». El amor genera una alianza especial en torno a la esperanza: pone en nosotros la certeza de que es posible que las cosas cambien, porque no estamos solos llevando el peso de la cruz.

En efecto, es difícil hablar de esperanza cuando la guerra, la violencia y el sufrimiento físico se ciernen sobre nosotros; solo un compartir que esté fundado en ese amor que Jesús ha derramado en nuestros corazones, es capaz de hacer nacer en nosotros expectativas más grandes. La presencia y el consuelo de los demás son la señal de que seguir esperando no es una ilusión, sino un compartir la fe en Aquel que murió y resucitó por nosotros.



ORACIÓN

Oración de Monseñor Luigi Renna a san Pío da Pietrelcina

Padre Pio,
nuestro hermano y guía.
Quiero bendecir al Señor por tus dones.
En modo misterioso te ha signado
con las heridas de la pasión,
para que fueses en el mundo
testimonio de su misericordia.

Concédeme una verdadera conversión,
tu protección para todos mis seres queridos.
Y si el Señor me lo pidiera,
el saber llevar mi propia cruz.

Te ruego que la fuerza del Evangelio
sea para cada hombre
una palabra de esperanza y de salvación.

Bendice con tu mano llagada
la Iglesia y nuestra sociedad
Concede a todos los hombres
el ser constructores de solidaridad y de paz.

CANCIÓN